

y a su hija educada a su antojo, es decir, mal educada. Los cariñosos consejos al padre y a la hija, producen efectos opuestos. El padre se enamora de Ana y deciden casarse en París al final del verano. En la hija levanta tempestades de odio, por su cambio de vida y porque le roba el amor de su padre. Cecilia decide llevar a cabo un plan vengativo contra Ana.

Consiste su estratagema en utilizar a su novio —un joven apolíneo en posesión de su amor y de una barca— y a la antigua amiga de su padre, para exasperarlo obligándole a renacer sus pasados amorios. Y en efecto, lo consigue. Ana, la mujer virtuosa sorprende a su futuro esposo en una escena preparada por el novio y su antigua amante. Sin más dilaciones Ana—desengañada y nerviosísima, huye en su coche a París y en el camino se despeña por un precipicio. Y la novela acaba.

Sigue Françoise en su desarrollo novelístico una senda recta, sin morosidades descriptivas de paisajes, sin aditamentos ornamentales. Su autora va decidida a desenvolver estas intrigas de pasión, con una gran economía de procedimientos. Françoise Sagan nació en un lugar del departamento de Lot. De niña fué con su padre a París. Durante la ocupación alemana la familia Sagan huyó hasta Lion. Después, otra vez a París, donde pretendió, inútilmente, continuar sus estudios en la Sorbona, sin conseguirlo. Estas calabazas le incitan a escribir. Y en un mes, según dicen sus biógrafos, concibe y realiza esta breve novela, que la enriquece y hace famosa en todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos. «Bonjour Tristesse» fué el parto de un suspenso y, en realidad, nos deja suspensos y tristes.

En nuestra juventud—¿pero, hemos sido jóvenes alguna vez?—se rechazaba espontáneamente aquel salpullido pornográfico de los plumíferos Mata, Carretero, Insúa, Zamacoís, etc., etc., que desapareció sin aspavientos ni recetas, de muerte natural. Las virulencias amorales de gran parte de la novelística extranjera, en traducciones interminables, tienen ahora una aceptación inusitada en la limitada masa de lectores y lectoras. Se han difundido mucho.

La prensa ha seguido con avidez las vicisitudes literarias y familiares de Paca Sagan. Aquel escándalo de la elevada minuta del médico por la curación de un accidente que se negó a abonar y otros pequeños sucesos. Hay figuras cosmopolitas constantemente en candelero. Este año, las revistas ilustradas reproducían fotos de la novelista. Cabeza «pelonas» de golfo, cara maliciosa, mirada expresiva y sonriente, aparece Francisquita del brazo de su marido, el editor Guy Schoeller, al salir de la ceremonia religiosa, frente a cientos de ojos de Argos, mirándole con sus potentes flashes. Y a esperar el divorcio.

POEMAS A ISABEL

(IV)

*Como un incendio
acribillado de minúsculas chispas de oro;
como una tempestad
en que hierve el agua marina
y se llena de espuma el costado del bajel.*

*Como las raíces ocultas de las cosas
en el húmedo subsuelo
de toda ilusión exacerbada.*

*Como un lirio
que se desmaya en el contorno
de su propia timidez.*

*Como la podadera que hierve
y el átomo que gira
y el páncreas infeliz
perdido en la ciega caverna del cuerpo humano.*

*Como la estrella
que derrama el hechizo de su luz misteriosa
sobre la superficie esférica en que vivimos.*

*Como el ala del pájaro,
y la aleta del pez
y el pipo promisorio del fruto.*

*Como las altas cumbres coronadas de vaporosos tules
o los valles profundos
como serpientes gigantes
desliadas al sol temeroso de las umbrías propincuas.*

*Como los ríos
que sacuden su melena de espumas
en los lomos de las anchas piedras
y se ciñen a las finas curvas de los meandros.*

Como la rosa y el clavel
como la paz adámica de la aurora de nuestra especie;
como la higuera cargada de lechoso fruto,
y la rubia abeja zumbadora. .

Como la albahaca y la menta,
y el blanco piñón
y la granada henchida de rubíes.

Como la espina dorsal del diplodocus
y el estremecimiento telúrico de los mundos.

Como el cofrecillo de sándalo
y el túbio nido de la tórtola.

Como las mónadas de Leibniz
y el noúmenon del casto Manuel.

Como el muslo turgente
de los itmos,
donde los océanos deponen su coraje
y los continentes proclaman el latir solidario de los pueblos ...

Como el tirso de las Bacantes
y los pámpanos de Dionisos.

Como una sinfonía muda
de notas inefables;
como la dulzura del caramillo
y el grave bordón de la guitarra,
y la nieve pudorosa
y el fulgor del rocío.

Como la pulpa agridulce del melocotón
y la caña de azúcar
y el regalado heno
con que alfombra la naturaleza sus cámaras nupciales.

Como la gacela
y el pavo real
y el faisán
y la oropéndola...

Isabel,
tod esta riada infinita de «comos»
me la inspiras tú.
con los lirios de tus mejillas
y la fruta tropical de tus labios
y el iris incendiado de tus ojos.
y la alpaca brillante de tu pelo insumiso.

Carlos TUS

U N A ENCRUCIJADA LINGÜÍSTICA

por CARLOS CALLEJO



CUANDO alguien en una reunión pregunta cómo se escriben exactamente las palabras *Tschaikowsky* o *Scheherezade*, no falta entre los circunstantes alguna persona culta que puntualiza la correcta ortografía. Pero no siempre surge luego, como sería deseable, otra persona un poco más culta para explicar que esa ortografía «correcta» lo es mucho menos de lo que pudiera creerse. En efecto, aunque es así como hemos dado en escribir dichos nombres, tales formas son barbarizantes e inadecuadas a nuestro idioma. Las usamos por la poderosa razón de que así las hemos visto escritas en las publicaciones extranjeras y nadie hasta el presente se ha molestado en escudriñar cual sería la verdaderamente correcta versión española. De lo contrario, hubiérase visto que en los lenguajes originales—ruso y árabe—no existe semejante sopa de letras, únicamente puestas para lograr una adaptación a la prosodia alemana. Tampoco es raro encontrar en nuestros Atlas palabras como *Kharkow* o *Djibouti* y en nuestros libros de Historia abundan las transcripciones tales como *Harum al Raschid*, *Seldjúcidas* etc. Todos estos nombres han sido adaptados de su lengua originaria al francés, al alemán o al inglés y es de estos idiomas de donde nuestros autores los toman, intercalando una inútil etapa fonética extranjera para articular una voz que debería haber pasado de su idioma al nuestro en transcripción directa.

Es increíble el abandono en que este importante problema ha permanecido durante mucho tiempo. Los autores de los dos últimos siglos y principios del actual, fueran historiadores, geógrafos o literatos, se han limitado a copiar la ortografía del original en que se inspiraban, con lo que un mismo nombre lo hallamos en nuestros libros escrito de tantas maneras como indagadores de distintas fuentes lo hayan tratado. Un puerto persa lo veremos escrito *Bender Bushir* si nuestro geógrafo ha consultado un texto inglés, *Buschir* si la fuente fué alemana, *Bouchir* si fué francesa, *Buscir* si italiana. El resultado es, como se vé caótico.

Cuando el nombre propio en cuestión pertenece a un idioma que usa nuestro alfabeto no existe problema: el sentido común demanda respetar la ortografía original que es al mismo tiempo universal. Pero